

EDITORIAL

LA MISION ORIENTADORA DEL PROFESOR UNIVERSITARIO

De todas las actividades en las cuales se impone el deseo de perfección, ninguna mas respetable y meritoria que la labor callada del docente y del investigador. La construcción de una doctrina, la anulación de las supersticiones, la acentuación de los valores éticos de los educandos, el amor a la verdad, la orientación de las aptitudes de los discípulos, el perfeccionamiento incesante de los ideales y la adquisición de hábitos de trabajo inteligente, orientados hacia la producción científica, económica y moral, han sido las banderas enarboladas por todos los grandes maestros en la historia de la humanidad.

Nos ha tocado la suerte de ser testigos presenciales de los grandes avances científicos, tecnológicos y humanísticos en los últimos treinta años. Cada hora, cada minuto de acción fecunda de los seres intelectualmente superiores va generando, como salidas de un prolífico taller, hermosas obras de arte, descubrimientos científicos y avances tecnológicos que harían palidecer, por asombrosos, a las mentes mas cultivadas de comienzos de siglo.

Paradójicamente, nuestro país se ha quedado aletargado. Aún no hemos podido superar el adormecimiento creado por el reciente pasado de riqueza fácil emanada de este generoso subsuelo. Los signos del envejecimiento prematuro de nuestras élites intelectuales se hacen cada vez mas evidentes; estamos trillando un franco proceso de involución ética; nuestro espíritu de lucha está surcado y desfigurado por las arrugas de la indiferencia; nuestros corazones lucen prematuramente agotados, sin fuerza para acometer nuevas empresas. Finalmente, un buen sector de nuestras clases dirigentes ha caído presa de ideas obsesivas y absorbentes que se han traducido por una manía de persecución y hostilidad a los valores mas repre-

sentativos de la juventud venezolana, cerrando su corazón a la fe, al amor, a la esperanza en una Venezuela mejor y feliz, sin grandes desigualdades sociales, que permita el libre acceso de nuestros jóvenes a las posiciones que, por su vocación y aptitud, les corresponde.

Es en este preciso instante que cobra absoluta vigencia la actitud orientadora de nuestros educadores. No hay mejor maestro que el ejemplo, la firmeza de conducta y la voluntad inquebrantable del universitario que persigue la excelencia en su magisterio, que vive intensamente dando lo mejor de sí, agrandándose para servir mejor a su pueblo, que es esclavo de su deber y señor de sí mismo, que es disciplinado y exige disciplina, para hacer eficaz la satisfacción de nuestro imperioso deseo de aumentar la cultura técnica y humanística de los hombres y mujeres venezolanos.

¡Cómo me halagaría que todos, profesores, estudiantes, empleados y obreros firmáramos un pacto rectilíneo con los mandatos del deber, desempeñando con eficacia las funciones apropiadas a nuestras aptitudes, vocaciones y obligaciones, luchando juntos contra las injusticias creadas por los privilegios mal habidos, no dejándonos doblegar por ajenas voluntades antiuniversitarias, siempre al acecho, y estando prestos al sacrificio de nuestra tranquilidad para servir a un ideal!

Estoy convencido de que de todos los fines de la universidad el cultivo del amor a la verdad expresa cabalmente su razón de ser. Esto nos obliga a desatar continuamente las ligaduras de lo convencional y de los dogmas oficializados, a no aceptar nada que no sea susceptible de comprobarse, después de comparar hallazgos con hallazgos e ideas con ideas. La verdad, o las verdades, no caben en la cárcel del dogmatismo, sea éste científico o religioso, no pueden sujetarse a las conveniencias del momento o a las necesidades del aprovechamiento personal. La búsqueda de la verdad en la ciencia, en la moral y en el derecho, contribuye a la elevación de la personalidad y a la grandeza y resplandor de las naciones. De allí que ningún esfuerzo sea suficiente, ningún sacrificio inútil si trabajamos intensamente para inmolarnos en el templo de la verdad. Estar alerta ante las acechanzas de los que quieren prostituir a los jóvenes, y a los no tan jóvenes, con mentiras disfrazadas de verdades, destinadas a eternizar injusticias y a evitar que germine en sus corazones este poderoso instrumento de elevación moral.

Percibo a la moral científica como la más necesitada del cultivo y del ambiente propicio para su libre desenvolvimiento en nuestras comunidades universitarias. Vivimos una época difícil, en la que la bandera del utilitarismo acosa al quehacer científico queriéndolo usar exclusivamente como una palanca de bienestar y progreso instantáneos, transformándolo en una

simple herramienta de aplicación inmediata, aumentando así nuestra dependencia de los centros imperiales de poder económico, científico y tecnológico, que han sido los solitarios generadores de conocimiento en los últimos siglos. Por estas razones, cobra aún mayor vigencia la necesidad de que en la universidad se estimule, se nutra y se aprecie, en su justo valor y dimensión, la labor callada de los cultivadores de las ciencias básicas. Olvidemos, por lo pronto, los resultados prácticos de sus hallazgos. Estos llegan tarde o temprano. Pero, ¿Cómo contribuyen a enriquecer el acervo cultural de nuestros pueblos! ¿Cómo ayudan a ennoblecer a nuestros educandos, a enrumbarlos por caminos preñados de ideales! Es tan poco lo que los científicos exigen de la sociedad y tan hermoso su legado, por su efecto multiplicador sobre lo mejor de nuestra juventud estudiosa, que no deberíamos escatimar esfuerzos para brindarles un ambiente propicio, libre de preocupaciones inmediatas, para que desarrollen eficazmente todas sus potencialidades.

Debemos exigir al Estado que cumpla con su obligación de dotar a las universidades de fondos económicos apropiados para subvencionar los trabajos de investigación proyectados por sus investigadores; para que organice un sistema de bibliotecas y de información adecuados al crecimiento exponencial que han experimentado la ciencia y la tecnología en los últimos años. El analfabetismo bibliográfico de la mayoría de las universidades venezolanas, en el campo científico, es impresionante.

Paralelamente, el docente universitario, y en especial, el investigador debe ser sometido a una evaluación realista, sistemática y objetiva de su actividad. A éste último debería exigírsele una utilidad práctica en la investigación aplicada; y al investigador básico, un avance substancial del conocimiento, capaz de vigorizar una más amplia investigación aplicada. De esa evaluación sería deberían depender las promociones, sus retribuciones monetarias y hasta los medios para continuar sus investigaciones.

El profesor universitario se proyecta ante nuestra comunidad como un líder cuya estatura intelectual lo hace apetecible a los círculos del poder político y económico. Pero, al mismo tiempo experimenta, en los albores de su carrera, una atracción irresistible por el poder político, con la ilusa esperanza de creer que bastaría con su sólida formación humanística o científico-tecnológica, para influir decisivamente sobre las políticas del gobierno de turno. Esta tendencia, que se ha tornado alarmante en los últimos años, ha dado resultados negativos para la investigación científica. Algunos jóvenes investigadores, con gran potencial creativo, han dejado abandonados sus laboratorios para realizar tareas administrativas o de activismo político, que pudieran darles beneficios y privilegios inmediatos, pero a un precio demasiado elevado: un enorme vacío espiritual e intelectual.

tual. Sería mas beneficioso para el desarrollo de las ciencias en Venezuela, que los científicos sensibilizaran a nuestros políticos y los hiciesen partícipes conscientes de una realidad: los científicos no pueden estar en una torre de marfil, y los políticos ya no pueden actuar al margen de la ciencia. La sociedad toda se beneficiaría de esta concertación de voluntades.

No hay tiempo que perder. Solo el trabajo productivo, realizado con la pasión que reclama la urgencia, podrá servirnos para remontar la cuesta. Se hace necesaria la cooperación de todos, apartando nuestras diferencias y haciendo converger la heterogeneidad de los pensamientos, sentimientos y esfuerzos en la armonía de los resultados y en la siembra de justicia, para recoger solidaridad en la tarea común de construir una Venezuela mejor.

Estamos en la obligación de conquistar el respeto y la admiración del estudiante. Hacerlo con el ejemplo de nuestra conducta, con la dedicación absoluta al servicio de la Universidad, llevando siempre por estandarte la carta única de nuestra dignidad, aún no enmudecida por el apetito del éxito fácil, del honor inmerecido o del poder acumulado a fuerza de claudicaciones.

Dr. Ernesto Bonilla